

Música

LOS COMPOSITORES VASCOS EN EL 2003: CLASICISMO Y NUEVOS VALORES

Siempre he insistido en las distintas ocasiones en que se me ha planteado esta cuestión, que los compositores vascos de música de cine forman en su conjunto la escuela más innovadora, rica y experimentada de todas las posibles escuelas nacionalistas de música de cine que se erigen en el estado español. Si en Andalucía sólo podemos citar a Antonio Meliveo; en Madrid a José Nieto, Mario de Benito, Manuel Villalta y el argentino Lucio Godoy; en Cataluña a Carles Cases y José Manuel Pagán; en Murcia a Roque Baños; y en Galicia al ya tristemente fallecido Manuel Balboa, en Euskadi en cambio los nombres de Alberto Iglesias, Angel Illarramendi, Bingen Mendizábal y el vasco francés Pascal Gaigne, siguen en plena eferescencia creadora. Se me argumentará que este razonamiento ya lo hice en el número anterior, pero después de este nuevo año de cine la reflexión se mantiene vigente y sigue plenamente válida, ya que las grandes bandas sonoras de esta temporada pertenecen una vez más a los músicos vascos. Me gustaría citar como excepciones la *Carmen* de José Nieto, el Mario de Benito de *La vida mancha* y las dos grandes creaciones de Manuel Villalta de *El oro de Moscú* y, sobre todo, de *Planta 4ª*, pero el resto es totalmente vasco, incluyendo las dos nuevas partituras de Angel Illarramendi de *Buen viaje*, *Excelencia* y *Tiempo de tormenta*, y la extraordinaria contribución de Alberto Iglesias a *Te doy mis ojos*. Y como siempre hay la película sorpresa, el film exótico que lleva latente unas músicas extraordinarias, la gran novedad de este año ha sido Santi Vega, compositor nacido en Vitoria/Gasteiz con la maravillosa partitura sinfónica de *Eyengui*, *el dios del sueño*.

En el momento de redactar estas notas aún no tengo el compacto con la banda sonora completa de *Eyengui*, el documental de José Manuel Novoa, pero me atrevería a decir que fui uno de los más adelantados en España, si no el primero, que “descubrió” esta partitura maravillosa de Vega al contemplar el film en su corta vida en las salas cinematográficas. Redacté unas notas de urgencia para comentarlas en el próximo *Dirigido*, pero antes de ser publicadas llegó la noticia de la nominación al Goya a la mejor música original, razón por la cual apareció en la Revista mi comentario subjetivo unido a la noticia merecidísima de su candidatura a los premios de la Academia del Cine Español, la más justa junto a la de *Al Sur de Granada* de Juan Bardem, habida cuenta que se habían ignorado, por razones inciertas y ocultas, las músicas de *Carmen* de José Nieto, *Te doy mis ojos* de Alberto Iglesias y *Planta 4ª* de Manuel Villalta.

¿Qué es lo que me gustó en su momento de *Eyengui*? Su novedad, su sonido nuevo, el choc que provocaban sus imágenes unidas a la banda sonora. Para espectadores cinéfilos, acostumbrados a ver los grandes films de aventuras africanas prácticamente sin banda sonora como sucedía en *Las minas del Rey Salomón* y *Mogambo*, o con bandas sonoras de autor resueltas

con instrumentos nativos o percusión de tambores como *La hechicera blanca* con música de Bernard Herrmann, contemplar unas imágenes documentales como las de *Eyengui*, con una partitura sinfónica que subraya acciones, sentimientos o emociones, provoca primero una sorpresa inmediata y después una admiración sin límites, al conseguir su autor que los productores crean necesaria partitura musical en un género como el documental huérfano en muchísimas ocasiones de banda sonora, y consiga después un presupuesto considerable al concebirla para gran orquesta sinfónica y coros. A partir de aquí todo es posible, desde una banda sonora pensada en la tradición clásica que comenta la pequeña gran aventura de ese pueblo nativo africano hasta fragmentos sinfónicos de gran categoría como apoyo a imágenes sencillas y naturalistas. Pero insisto en que el efecto de ver esas imágenes de los indígenas en la selva, en su poblado, en sus ritos tribales, acompañadas de una espectacular imaginería sinfónica resulta difícil de olvidar. Vega concibe su ambiciosa partitura en base a varios temas principales, entre los que podríamos destacar el de la amenaza de la civilización blanca o el del miedo al progreso o a los cambios estructurales, enfrentado con la utilización de instrumentos nativos africanos como si fuera la defensa o el único sistema de protección de sus habitantes. Recordemos que Santi Vega era conocido hasta el momento por la banda sonora de *La fuente amarilla* con aceptables intentos de música oriental y sobre todo por su soberbio documental televisivo *Rutas Alternativas*, serie en trece capítulos de 50 minutos de duración cada uno, que intentaba mostrar una España desconocida mezclando su historia, su naturaleza, su arqueología, sus gentes y su inmensa variedad de color al caminar por ella. El disco con la banda sonora (Saimel 3993910) permitía apreciar el colorido y riqueza de una partitura muy ambiciosa dividida en 37 cortes.

Pero como decía al principio los otros dos grandes nombres vascos del año han sido Angel Illarramendi y Alberto Iglesias. Illarramendi ha tenido una inesperada incursión en el mundo de Els Joglars con la banda sonora del film de Albert Boadella *Buen viaje, Excelencia*, concebida en base a un tema palaciego y a una marcha fúnebre como temas principales de una obra con momentos dramáticos, sarcásticos y ceremoniosos. Por otra parte, la abulia creativa del compositor que apuntábamos en el número anterior parece haberse disipado con *Tiempo de tormenta*, el último y esperado film de Pedro Olea, director que me comentaba en el homenaje a Bernaola que se celebró en Madrid el pasado 25 de junio, en el primer aniversario de su muerte, que fue el compositor de la mayor parte de su filmografía y el que más apreciaba. Olea e Illarramendi son vascos y el compositor puede convertirse en el nuevo músico imprescindible de su filmografía a juzgar por el éxito de su primera película conjunta. *Tiempo de tormenta* está basada también en dos leitmotivos diferentes expuestos con variaciones, en los que destacaría el tema de los encuentros y la melodía del tema de amor de los personajes principales tocado por un piano.

Inevitablemente volveremos a hablar de Alberto Iglesias el año entrante con motivo de su nueva colaboración con Pedro Almodóvar en *La mala educación*, pero en estos últimos meses ha sumado otra gran película en su filmografía. *Te doy mis ojos* constituye un catálogo razonado de músicas intimistas donde aflora el sentimiento, el amor, la culpa y el remordimiento, pero donde creo que

su talento se manifiesta de un modo más sobresaliente es en la secuencia de la sacristía de la Catedral de Toledo, donde la música acompaña la mirada de Laia Marull a los sucesivos cuadros del Apostolado del Greco. Nunca la música ha comentado mejor el aura que desprende cada pintura, ya que es descriptiva del paseo de la actriz, se inicia con cada nuevo cuadro, luego cesa y continúa después con cada nueva imagen. Un secuencia asombrosamente perfecta.

Joan Padrol